

Al estilo de Jesús

Debemos resituarnos, como si fuera la primera vez que estamos ante una persona que nos solicita y/o le ofrecemos acompañamiento, y al mismo tiempo, con la sabiduría propia de personas que procuran dar apoyo desde la cordialidad, desde hace tiempo.

La empatía, la serenidad, el trabajo coordinado, la búsqueda de salidas. Quizás podamos colaborar con ellas, simplemente objetivando las situaciones que les toca vivir. Como el que ayuda a poner en orden un puzle, al que han dado un golpe y se ha desmontado, ahora toca volverlo a poner en orden. Pero sin negar la existencia del problema ni acabar hundiendo a la persona.

Dios y Jesús son los que dan vida, la Vida para siempre. Son los que pueden cambiar desde la raíz las situaciones de muerte en situaciones de vida. Por eso, la fe es revolucionaria, porque compromete hasta el final y porque tiene asegurada la victoria.

Nosotros, al estilo de Jesús, hemos de mantener las mismas actitudes:

- Es muy importante ver, contemplar. Tener los ojos abiertos, darse cuenta, tomar conciencia ("ojos que no ven, corazón que no siente"): "Todavía estaba lejos, su padre le vio y se conmovió" (Lc 15,20).
- Es muy importante compadecerse: padecer con, ponerse dentro de la piel de la otra persona. Por eso debemos recibir a la persona como si fuera la primera a la cual le queremos dar nuestro apoyo. Y hacerlo no desde nuestra fuerza sino desde nuestras debilidades. Compadecerse es más que ponerse dentro de la piel de la otra persona, significa hacer memoria de situaciones personales vividas en las cuales hemos sentido que nos hemos encontrado como ella: sin salida, sin esperanza, sin ganas de avanzar, arrinconados, al margen del camino. Comprenderemos mejor y la persona se sentirá atendida: "Pero un samaritano que iba de viaje pasó cerca de él, lo vio y se compadeció. Se acercó, le curó las heridas con aceite y vino y se las vendó; después le subió a su propia cabalgadura, le llevó a la posada y se ocupó de él. Al día siguiente sacó dos denarios y se los dio al posadero." (Lc 10,33-35).
- Es muy importante acercarse. Es muy importante tocar, aproximarse, hacer sentir a la otra persona que estamos a su lado. Hoy hay profesionales que se ponen guantes de látex y mascarillas para no contaminarse. Se han de tomar las precauciones oportunas, pero hay que continuar haciendo sentir la proximidad de Dios: "Jesús extendió la mano y le tocó diciendo: Lo quiero, queda limpio. Al instante quedó puro de la lepra" (Mt 8,3).

- Es muy importante dejar actuar a Dios: “Un día en que Jesús enseñaba..., por el poder del Señor, curaba los enfermos” (Lc 5,17).
- Es muy importante dejarse interpelar por la insistencia de la gente: “Señor, baja antes que se muera mi hijo” (Jn 4,49).
- Es muy importante dialogar con las personas para que aprendan a mirar en profundidad. Eso quiere decir dar a la otra persona la posibilidad de explicarse: “Señor, si hubieras estado aquí, no se habría muerto mi hermano. Pero, incluso ahora, yo sé que Dios te concederá todo lo que le pidas” (Jn 11,21).
- Es muy importante ir más allá de la demanda explícita. Ver cuál es la razón principal de la demanda. No conformarnos con dar un golpecito en la espalda; hay que ir al fondo de la situación que plantea la persona: “Tus pecados te son perdonados” (Lc 5,20).
- Es muy importante recordar que las personas están por encima de las leyes: “El día en que Jesús había hecho barro y le había abierto los ojos era sábado” (Jn 9,14).
- Es muy importante implicar a otra gente, dar protagonismo, implicar a la persona en su propio proceso de curación: “Entonces Jesús alzó los ojos y al ver al gentío que acudía hacia él, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para que puedan comer todos estos?” (Jn 6,5).
- Es muy importante el poder de la palabra: “Jesús expulsó los espíritus malignos solo con su palabra” (Mt 8,16).

- Es muy importante no dejarnos alterar porque parezca que Jesús duerma: “Pero Jesús dormía. Ellos fueron a despertarlo y le dijeron: Señor, ¡sálvanos, que nos hundimos!” (Mt 8,24).
- Es muy importante ser conscientes de que nosotros también hemos sido auxiliados: “Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado, pero como que decís que veis, vuestro pecado persiste “ (Jn 9,41).
- Es muy importante ver, en la persona que nos solicita, el rostro de Cristo: “Todo lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, me lo hacíais a mí” (Mt 25,40).
- Es muy importante dar todo lo que tengamos, no solo unas monedas. Incluso cuando no tenemos monedas, podemos darnos a nosotros mismos, que vale más que mucho dinero: “Plata y oro no en tengo, pero lo que tengo te lo doy: en el nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y anda” (Hechos 3,5).
- Es muy importante que la persona ponga de su parte para poder salir adelante: “Recobra la vista; tu fe te ha salvado.” (Lc 18,42).
- Es muy importante dejarnos enseñar por las personas que nos solicitan acompañamiento: “Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos” (Mt 15,27).
- Es muy importante, al querer caminar por encima del mar de la dificultad, dejarnos agarrar por Jesús: “Al instante Jesús extendió la mano, y lo cogió” (Mt 14,31)

- Las personas que ejercemos el servicio del acompañamiento hemos de procurar ser personas adultas, que hemos vivido lo suficiente como para entender la fragilidad de nuestra existencia: “Entonces el Señor Dios modeló al hombre con polvo de la tierra” (Gn 2,7).
- Hemos de contar con la fragilidad humana. La precariedad de la vida. Los golpes duros en este valle de lágrimas. Tenemos que reencontrar la fe, la convicción de que la última palabra la tiene Dios, y es una palabra de vida: “Jesús le responde: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre si no es por mí” (Jn 14,6).
- Tenemos que haber hecho una síntesis que nos permita digerir las contrariedades y la misma muerte. Estas situaciones crudas de la vida a veces nos hacen decir: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Sl 22). Pero no nos han de hacer olvidar, que a pesar de todo, las personas seguimos siendo hijos e hijas de Dios: “Este es mi Hijo, mi amado, en quien me he complacido.”(Mt 3,17).
- Hemos de recobrar la dignidad de hijos e hijas de Dios. Esta es la finalidad del milagro de la atención, de nuestro acompañamiento. Desde esta dignidad recuperada, tenemos que llevar a término la tarea encomendada: “Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, sacad demonios; de balde lo habéis recibido, dadlo también de balde” (Mt 10,8).
- Necesitamos la Fe, nuestra poca fe. Admirarnos de la fe de los que pasan por paganos (Mt 8,10). “En verdad os digo que no he encontrado nadie en Israel

con tanta fe: Mujer, (a la cananea) grande es tu fe” (Mt 15,28).

- Hemos de encontrar el equilibrio entre crearnos una coraza o fundirnos, cada vez que nos acercamos a una persona que acompañamos. Nos podría pasar como al marmolista que cada vez que tiene que hacer una lápida, llora con la viuda y acaba no cobrando el trabajo hecho: “Cuando Jesús vio que ella lloraba y que lloraban también los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente y se conurbó” (Jn 11,33).